

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Discurso

XIV ASAMBLEA PLENARIA DE LA ACADEMIA PONTIFICIA DE CIENCIAS SOCIALES 2008

Perseguir el bien común. ¿Cómo pueden actuar conjuntamente la solidaridad y la subsidiariedad?

3 de mayo de 2008

Queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; señoras y señores:

Me complace tener la ocasión de encontrarme con vosotros mientras os reunís con motivo de la XIV Asamblea Plenaria de la Academia Pontificia de Ciencias Sociales. Durante las dos últimas décadas, la Academia ha aportado una valiosa contribución a la profundización y al desarrollo de la Doctrina Social de la Iglesia y a su aplicación en las áreas del derecho, la economía, la política y otras ciencias sociales. Agradezco a la profesora Margaret Archer sus amables palabras de saludo, y os expreso mi sincero aprecio a todos vosotros por vuestro compromiso en la investigación, el diálogo y la enseñanza para que el Evangelio de Jesucristo pueda continuar iluminando las complejas situaciones de este mundo que cambia rápidamente.

Al elegir el tema "Perseguir el bien común. ¿Cómo pueden actuar conjuntamente la solidaridad y la subsidiariedad?", habéis decidido examinar la interrelación entre cuatro principios fundamentales de

divina, superan con creces las posibilidades de una representación esquemática. En cualquier caso, la solidaridad que une a la familia humana y los niveles de subsidiariedad que la refuerzan desde dentro deben situarse siempre en el horizonte de la vida misteriosa del Dios uno y trino (cf. Jn 5,26; 6,57), en quien percibimos un amor inefable compartido por personas iguales, aunque distintas (cf. *Summa Theologiae*, I, q. 42).

Amigos, os invito a dejar que esta verdad fundamental impregne vuestras reflexiones: no sólo en el sentido de que los principios de solidaridad y subsidiariedad indudablemente se enriquecen con nuestra fe en la Trinidad, sino en particular en el sentido de que esos principios tienen el potencial para poner a hombres y mujeres en el camino que les lleva a descubrir su destino definitivo y sobrenatural. La inclinación humana natural a vivir en comunidad se confirma y se transforma por la «*unidad del Espíritu*», que Dios ha concedido a sus hijos e hijas adoptivos (cf. Ef 4,3; 1P 3,8).

En consecuencia, la responsabilidad de los cristianos de trabajar por la paz y la justicia, y su compromiso irrevocable por el bien común, son inseparables de su misión de proclamar el don de la vida eterna, a la que Dios ha llamado a todo hombre y a toda mujer. A este respecto, la *tranquillitas ordinis* de la que habla san Agustín se refiere a "todas las cosas"; tanto a la «*paz civil*», que es una «*concordia entre ciudadanos*», como a la «*paz de la ciudad celestial*», que es el «*gozo perfectamente ordenado y armonioso de Dios, y unos de otros en Dios*» (*De civitate Dei*, XIX, 13).

Los ojos de la fe nos permiten ver que las ciudades terrena y celestial se compenetran y están ordenadas intrínsecamente una en otra, en cuanto que ambas pertenecen a Dios Padre, que «*está sobre todos, por todos y en todos*» (Ef 4,6). Al mismo tiempo, la fe evidencia más aún la legítima autonomía de las realidades terrenas, que «*están dotadas de firmeza, verdad y bondad propias y de un orden y leyes propias*» (*Gaudium et spes*, 36).

Por tanto, podéis estar seguros de que vuestros debates serán útiles para todas las personas de buena voluntad, y al mismo tiempo impulsarán a los cristianos a asumir con mayor disposición su deber de mejorar la solidaridad con sus conciudadanos y entre ellos, y de actuar según el principio de subsidiariedad, promoviendo la vida familiar, las asociaciones de voluntariado, la iniciativa privada y un orden

2,18). Mientras os esforzáis por articular modos en los que hombres y mujeres puedan promover mejor el bien común, os animo a explorar las dimensiones "vertical" y "horizontal" de la solidaridad y la subsidiariedad. De esa forma, podréis proponer modos más eficaces de resolver los múltiples problemas que afligen a la humanidad en el umbral del tercer milenio, testimoniando también la primacía del amor, que trasciende y realiza la justicia en cuanto que orienta a la humanidad hacia la auténtica vida de Dios (cf. Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2004, 10).

Con estos sentimientos, os aseguro mis oraciones y, como señal de paz y alegría en el Señor resucitado, os imparto cordialmente mi bendición apostólica a vosotros y a vuestros seres queridos.